

modamente, y cerciorarme de que mi asiento se hallaba situado de tal manera que enfilaba en derecha el altar y yo no perdería un movimiento del Papa cuando oficiase. Y al encontrarme en tan ventajosa posición; al ver en frente el inmenso escenario, á mi izquierda la tribuna diplomática, deslumbradora de bordados y cruces; á mi derecha las patricias romanas luciendo sus mantillas de encaje sujetas con ricos joyeles, y debajo de mí los bancos destinados á canónigos, obispos y patriarcas; al tender la vista por el templo colosal inundado á torrentes con la luz que se despeñaba de la gigantesca cúpula, haciendo refulgir los cascos de la guardia noble y las albardas de la guardia suiza, experimenté la satisfacción del aficionado á música que asiste al estreno de una ópera del más excelso compositor y se encuentra dueño del mejor sitio, á conveniente distancia de la orquesta, y en punto de no perder detalle de la representación ni nota de la música.

He resuelto declarar sinceramente que éstas eran al principio mis impresiones para que la confesión sirva de castigo á mi frialdad y á mis ráfagas de paganismo. Salga del alma al papel todo cuanto sentí du-

rante la misa jubilar del Papa; el cristiano está obligado á no avergonzarse de serlo. Claro que la gran solemnidad pontificia nunca se me figuró, rigurosamente hablando, una función teatral, aun considerando tan sólo su parte externa, la magnífica pompa que la rodea y realza; pero reconozco que esta pompa, este artístico y ostentoso ceremonial eran para mí lo más atractivo. Hasta el día de hoy no me habían producido emoción religiosa sino las iglesias solitarias, un poco oscuras, mejor si son góticas, amenazan ruína y las pudre la humedad, las imágenes austeras y dolorosas, la penumbra que reina entre las columnatas, el misterio de los retablos que alumbra la lamparilla trémula. En habiendo luz, armonía, estilo clásico, la poca compunción de que soy capaz se huye, y queda en su lugar una beatitud como la que me causaron las voces de San Juan de Letrán, bajo cuyas bóvedas eché de menos, para soñar y creer, los santos lugares del Calvario franciscano.

Un estado de alma en que no se advierte más que serena alegría, plenitud vital que duplica el goce de existir, de pensar y de entender, eso me producen á mí los sober-

bios templos de Roma, donde la profusión de oro, plata, bronce, malaquita, cornalina, jaspes y alabastros, la majestad arquitectónica, el aparato de las esculturas, parece que comunican al vivir humano cierta magnificencia y nobleza propia de las grandes épocas históricas paganas, cierto vigoroso júbilo que nos acerca al estado olímpico de los semidioses.

Así sentía yo antes que el Papa se apareciese, en aquel momento de expectación en que sesenta mil personas aguardaban ansiosas su presencia. Cuando por cima del bosque de cabezas, suspendida en el aire como una visión celeste, flotando y bogando después por entre las olas del gentío, divisamos la silla gestatoria; cuando distinguimos la forma del Pescador de hombres, blanco y dorado, abrumado bajo el peso de sus riquísimas vestiduras, de la pedrería de sus joyas; cuando ya vimos su rostro pálido y el movimiento sobrenatural de su brazo al bendecir, sentí el primer escalofrío, el primer estremecimiento psíquico extraño, y, de pie en la silla, como estaban todas las señoras, temí caerme y me apoyé en la primer espalda que pude.

Algo raro se me subía á la garganta; ne-

cesitaba gritar; y, respondiendo á mi deseo, reflejando el mismo ímpetu irresistible, un clamor hondo, hondísimo, más dramático y musical que ningún coro de Wagner, se alzó de las profundidades del templo: era en todos los idiomas, pero sobresalía la aclamación de los españoles:

—¡Viva el Papa rey!

Dos minutos antes de asomar el Papa había yo respondido á alguien que me preguntaba si creía que habría aclamaciones:

—No; se me figura que no. Confío en la sensatez de los peregrinos; las circunstancias son tan delicadas... A lo sumo habrá un rumor respetuoso y cariñoso... pero nada más, porque no sería prudente ni discreto, ni pienso que entre en los propósitos y deseos del Papa ser aclamado. El silencio es de rigor.

Y la que esto decía con absoluta buena fe dos minutos antes, otros dos minutos después de entrar el Papa exclamaba con idéntica convicción:

—Pero, Dios mío, ¿qué hace esta tribuna nuestra que se calla, mientras las pobres gentes de abajo se deshacen á gritos? ¡Que siempre nos ha de dar lecciones el pueblo!

¿Pero cómo no gritamos también? ¿A ver? ¿Quién empieza?

Un acento italiano, una voz de tenorino rompió el fuego clamando «¡Ewiva!» y al punto se le unieron otras muchas, españolas, vibrantes y firmes. Mas no bien el Papa se bajó de la silla y sólo quedaron dominando la multitud los dos blanquísimos flábulos de plumas, se desvaneció en mi alma el sentimiento que me impulsaba á lamentar no parecerme siempre al pueblo en la frescura del corazón. Volví á ser la espectadora, no indiferente, pero sí curiosa, que estudia cada detalle con deleite artístico, que sorprende los efectos de luz y la expresión de los rostros.

La misa del Papa empezaba, y yo veía su solideo blanco destacarse de entre los trajes episcopales y militares, como el pico de una montaña cubierta de nieve. Sin embargo, al oír el *Tu es Petrus* que al parecer bajaba del empíreo entonado por voces angelicales, como si el Verbo divino lo repitiese después de diez y nueve centurias, nuevos escalofríos recorrieron mis vértebras. Y á medida que la misa iba adelantando—una sencilla misa rezada sin aparato alguno,—mis ojos se clavaban en el altar inven-

ciblemente, lo mismo que en la primer fase del sueño hipnótico se clavan los del magnetizado en los del magnetizador. Las voces de lo alto proseguían; un rayo de sol, como esos que en los cuadros bíblicos caen sobre la frente de Moisés ó de Josué, envolvía la exangüe cabeza del Papa y arrancaba el fino destello de la perla oriental á sus canas y á su tez de marfil pulido. León XIII alzó las manos, y en ellas vimos un punto blanquísimos, la hostia.

Sólo entonces me dí cuenta de lo que me pasaba. Estaba en pie, inmóvil, sin respirar, corriéndome dos hilos de lágrimas por las mejillas. Lloraba en silencio, con una felicidad interior tan grande y tan verdadera, que creía no estar en el mundo. Ni sentía la vida orgánica de mi cuerpo ni la función de mi cerebro (cosas que, aun dormida, noto vagamente); no pensaba, ni discurría, ni comprendía, pero se me iba derriñendo el corazón, y un dulcísimo deliquio me vedaba mirar al altar mismo: involuntariamente levantaba los ojos á la cúpula, al torrente de luz que caía de ella. No me importa que esta impresión tan real y tan profunda sea ó no creída; ignoro si hago bien ó mal en narrarla, y sobre todo en ana-

lizarla, pues acaso al destapar el pomo se evapora la preciosa esencia; quizás no faltará quien la eche á broma ó la juzgue incompatible con mi estado habitual de equilibrio, con mis aficiones literarias, harto profanas y libres, con la especie de frialdad y pesadez de espíritu que engendra la vida mundana, con mi horror al sentimentalismo y al lirismo, con otras muchas cosas que son de nuestro siglo, y por consiguiente nos afectan é influyen á todos.

Pero así pensarán los que se hayan quedado en España, los que no hayan gozado de este espectáculo único, los que imaginen que es igual ver al Papa en cromolitografía ó en carne y hueso, bajo estas bóvedas, entre estos cánticos, arrullado por estos clamores ardientes. ¡Se han enrojecido los párpados de tanta gente más profana todavía que yo!

Convento en que también me sorprendí de mi propia impresión. Sabía que era católica, no que lo fuese tan apasionadamente; no me juzgaba muerta como Lázaro, pero ignoraba que la fibra poseyese tanta elasticidad y respondiese como la cuerda de una lira al contacto del dedo divino. ¡Dicha incomparable! Acordéme de la no-

vela de los Goncourt, en que la mujer descreída y fría, pero inteligente é ilustrada, así que llega á Roma y respira este ambiente singular, el más oxigenado del mundo entero, donde flotan como esencias de embriagador aroma los recuerdos de tantas edades, los efluvios históricos, siente despertarse su instinto religioso y se convierte y practica, y su fervor es tal, que cuando ve de cerca al Papa se rompe en su pecho un aneurisma y cae muerta. Recordé también á la famosa protestante, tal vez heroína real de esta historia imaginaria, que al presentarse á Pío IX cayó fulminada, de rodillas y gritando: ¡Creo!

Yo en aquel punto comprendía todos los resortes espirituales que pueden mover y precipitar á un alma; las grandes conversiones que hacen del libertino Mañara, el santo fundador; de Agustín, el sofista maniqueo, el filósofo de la gracia; del cortesano duque de Gandía, el ascético Francisco de Borja; de Saulo el perseguidor, Pablo el apóstol. Entendía además el bien de sentir siempre así, y se me alcanzaba en qué consiste lo que llamamos bienaventuranza, estado que tan difícil es representarse comparándole con otros goces y otros

deleites humanos. El alma que estuviese siempre á esta temperatura, rebosaría placer y echaría de sí fuego y calor irresistible, como echaba San Francisco... ¡Venturosos los que esto experimenten cada día, á la elevación de la hostia, en la misa más pobre, en la iglesia más vulgar, en el rincón más apartado del mundo!

En mí sólo ha durado algunas horas la visita del ángel. Busco aquellos sentimientos, y ya no los encuentro; escucho el golpear de mi corazón, y parece como si de nuevo se hubiese revestido la chapa de plomo, ó por mejor decir, la coraza de Milán, damasquinada, incrustada de oro, con elegantes relieves, pero helada y recia. En fin, por espacio de un día al menos se ha liquidado la nieve, y subido convertida en cálido vapor hasta el cielo. Bajaron al abismo las pasioncillas humanas: las he oído caer como piedras y rebotar en el torrente del fondo. Y ahora lo explico mal; ahora tengo el dolor de no acertar á expresarlo; ahora me suena á teatral y retórico lo que entonces saltaba con tal ímpetu y fuerza como el chorro de agua viva bajo la vara del taumaturgo; y ahora, Señor, sólo tú, que sondeas las vísceras, encontra-

rás aquí un reflejo de lo que he probado.

Sentidos, puertas del alma, por vosotros entró, ya lo sé, la emoción sublime. Mis nervios tirantes por la vigilia; los himnos celestes que como un rocío bajaban de la rotonda; la cándida aparición; la increíble belleza de este anciano coronado con la tiara, llevado entre dos abanicos de níveas plumas, semejantes á alas de serafín, aclamado por delirante multitud; este anciano cuya cansada vida pende de un hilo; este anciano que ya no semeja cosa del mundo, sino pétalo de aquella rosa mística que cierra el paraíso dantesco; este anciano que representa á todos los mártires, confesores, vírgenes y doctores, á toda la Iglesia militante y triunfante, es lo que me ha movido de tan extraña manera. Y la expiación de mis pecados de orgullo, si alguna vez los cometí, es no atinar á decir bien lo que mejor he sentido nunca.

LOS SANTOS NOVÍSIMOS.

ROMA 5 DE ENERO DE 1888.

Quando se publique esta carta, la Iglesia registrará en su libro áureo los nombres de diez santos más, tres de los cuales han visto la luz en tierra española, ó dominada por nuestras armas al nacer ellos. La solemne ceremonia de la canonización se verificará en el Vaticano, y el árbol diez y nueve veces secular, siempre cargado de frutos de vida, sentirá correr la savia de eterna primavera por su robusto tronco.

En mi deseo de que el público español supiese algo de los santos novísimos antes que les ciñan oficialmente el nimbo hierático, me dí á buscar por sacristías y puestos de libros de lance noticias referentes á su vida y milagros, y por cierto que, en el *Gesú*, un buen lego de la Compañía casi me echó á hisopazo limpio, asegurándome con enojo que era imposible saber cosa ningun-

na de los venerables Berchmans, Claver y Rodríguez, hasta el día en que los canonizasen y se repartiesen miles de ejemplares de su biografía impresa. Por fin se me ocurrió lo más derecho: pedir á un señor obispo el extracto del expediente de canonización y tomar allí los datos indispensables. Esto en cuanto á los jesuitas; que respecto á los servitas, me sacaré de apuros un libro rancio, encuadrado en pergamino, que me proporcionó en la sacristía de San Marcelo un venerable *prete* italiano, y que lleva en la portada este título: *Storia dell' origine e fondazione del Sagro Ordine de Servi di Maria Vergine*.

Los siete santos que fundaron la Orden de los Servitas forman una especie de piña ó racimo de figuras, cual suelen verse en los retablos, todas con la misma expresión, el mismo traje, idéntica actitud. No hablaré, pues, de cada cual separadamente, sino del grupo y de la obra colectiva que realizaron. Así, en comunidad, los representa la estampa que encabeza el libro: *Septem beati fundatores*, reza la leyenda, y no seré yo quien la deje mentir. Corría el año del Señor 1233, y gobernaba la Iglesia Gregorio IX, gran devoto de la Virgen, el que

instituyó la oración de la tarde y extendió á la Iglesia universal el cántico de la *Salve Regina*. Era aquel período angustioso del siglo XIII, cuando los ataques del infiel hacían bambolearse el trono católico de Baldovinos en Palestina, y el sarraceno, llamado por el perseguidor Federico II, entraba á hierro y fuego en las villas de Italia; cuando arreciaba la herejía valdense y albigense, y cuando en Florencia, república magnífica, las sañudas facciones de güelfos y gibelinos ensangrentaban diariamente las calles. Veían con pena este estado azaroso siete opulentos y nobles patricios, y para sosegar la tormenta de la guerra civil en su pueblo, fomentaron la devoción á la Virgen por medio de la cofradía de los *Laudenses*, dedicada á entonar sus loores. En aquel siglo XIII, que es á la Edad Media lo que el rosetón á la catedral gótica, las órdenes religiosas brotan lo mismo que amapolas en los trigales, ó hiedra en las ruínas. Los siete ricos é ilustres ciudadanos de Florencia, asociados para un fin político y humano—restituir la paz á su pueblo,—se sienten de improviso arrebatados en éxtasis, ven un globo de luz que se divide en siete rayos, y á la Madre de Dios ro-

deada de ángeles, que les convida á fundar una Orden nueva; y al punto renuncian bienes, influencia, poder, dejan á sus mujeres los casados, á sus hermanos los solteros, y se consagran al servicio de Dios. Retirados algún tiempo á hacer penitencia fuera de la ciudad, cuando vuelven á ella para obtener que el obispo apruebe su regla de vida, la multitud se arremolina á su paso, sale en procesión llena de curiosidad, y los niños de pecho, dejando el seno de sus madres, exclaman, con voz articulada y sonora: «He aquí los siervos de María.» Ocultos en el monte Senario con el fin de llevar vida eremítica cinco años enteros, la agreste ladera que cultivan sus manos se cubre en invierno de olorosas yerbas, de frescas flores, de vides cuajadas de fruto maduro y ópimo; y el día de Viernes Santo la Virgen se les aparece otra vez rodeada de ángeles que les traen hábitos religiosos negros, ó muestran un libro abierto que contiene la regla de San Agustín, ó escriben en dorados caracteres el nombre de *Servitas*. Así se fundó la Orden, propagada y dilatada en el siglo XIII con la rapidez eléctrica que se nota en la difusión de las religiones mendicantes. Por larga omito la lista de mila-

gros y méritos de los siete fundadores, cuyos nombres en religión fueron: *Buonfigliuolo Monaldi*, *Buonagiunta Manetti*, *Manetto dell' Antella*, *Amadio Amidei*, *Uguccione Uguccioni*, *Sostegno Sostegni* y *Alessio Falconieri*. Nombres en verdad un tanto exóticos y enrevesados, lo cual será parte á que la devoción de estos santos no se mantenga muy viva sino en el territorio florentino.

Con los tres santos jesuitas entramos de lleno en épocas más claras y en asuntos que nos son familiares á los españoles. Representan tres tipos curiosos y característicos de la Compañía de Jesús, tres formas del austero y reprimido espíritu que trajo á la Iglesia el misticismo ardiente y batallador de Ignacio de Loyola, al cual, por modo simbólico y fundándose en detalles de su historia, se puede llamar el andante caballero de Cristo. A los tres bienaventurados Rodríguez, Claver y Berchmans los reclama para sí la Iglesia española, pues aunque San Juan Berchmans es flamenco, nació á la sombra de nuestra bandera.

Cuando me represento por medio de emblemas á los santos, veo algunos en forma de rosas purpúreas y sangrientas—los már-

tires de los primeros siglos,—otros de azucenas frescas y fragantes—las vírgenes, las religiosas,—y otros me parecen violetas de cárdeno color, maceradas por la penitencia, la soledad y la represión de todas las pasiones é instintos humanos. Esto último suelen ser los santos jesuitas. ¿Quién no advierte en sus imágenes la tristeza, la palidez, el asombro? Los Sebastianes, los Estebanes, los Pedros, los Pablos, son bellos mozos y vigorosos viejos; las Priscas, las Cecilias, se coronan de rosas y lucen ricos trajes nupciales; en los santos de las órdenes mendicantes, los Franciscos, los Antonios de Padua, hay gracia y alegría; el uno se desfallece de amor al escuchar el laúd tocado por un ángel; el otro juega risueño con el Niño Jesús... Pero en los hijos de San Ignacio reina una mortificación, una severidad, una melancolía extraña; son milicia suscitada en tiempos adversos, cuando asoma la cabeza la formidable herejía del libre examen y Lutero ataca, no solamente el poder pontificio, sino la soberanía de la patria española en el continente europeo. Sin embargo, de las tres fisonomías de santos que procuraré presentar con su especial relieve, la más dolorosa es la del flamenco:

las de los dos españoles son pacífica la una y enérgica la otra, ambas serenas.

San Alfonso Rodríguez... Hay que empezar por decir *quién no fué* este santo, antes de decir *quién era*, y así evitaré un error en que fácilmente se incurre. San Alfonso Rodríguez no fué su homónimo el insigne y suave escritor místico, autor del *Ejercicio de perfección*, también jesuita, también español, también declarado Venerable y nacido en el mismo siglo, á cuatro años de distancia. El que va á subir á los altares es una criatura humilde, un pobre lego ó *coadjutor temporal* de la Compañía, que vió la luz en Segovia en 1530, de modesta familia de tenderos. Cuéntase de él que cuando muchacho profesaba gran devoción á la Virgen, y un día le habló así cándidamente:—Te amo, señora; ojalá me amases tanto á mí.—Y que la Virgen le respondió al punto:—No, hijo; aún te amo yo más.—Enviado á cursar á Alcalá, antes de que terminase los estudios murió su padre, y su madre le llamó á Segovia para que se hiciese cargo del comercio. Allí casó, dice el expediente, con doncella honestísima; pero la perdió en breve, y después al niño, fruto de su enlace; entonces sintió la vocación de jesuita. Trans-

curridos unos días de vida penitente, Alfonso tuvo cierto sueño: vió un coro de santos, entre los cuales sobresalía Francisco de Asís. Alfonso lloraba, y Francisco le preguntó por qué.—¿No he de llorar—respondió el buen mercader segoviano—si tanto he ofendido á Dios, y por ofenderle una sola vez tendríamos de llorar la vida entera? —La historia refiere sus penitencias y austeridades terribles en el convento de Mallorca, las sequedades y tentaciones que le afligieron, y cómo, antes de morir ejemplarmente, á los ochenta y siete años de edad, se le aparecieron Cristo y su Madre. Cuenta asimismo al pormenor las milagrosas é instantáneas curaciones obtenidas por mediación suya, el lento curso del expediente de canonización, conducido con el pulso y reflexión que es de rigor en semejantes casos: primero la declaración de las virtudes teologales y cardinales en grado heroico (1760), la beatificación (1825), los nuevos y recientes prodigios que por su intercesión se han obrado (1865), y al cabo el triunfo del humilde lego.

Bien se nota que éste es un contemplador, un obediente, un pasivo. No así San Pedro Claver, que fué un propagandista,

un apóstol, un gladiador del Evangelio. Nació en Verdú (Cataluña) en los últimos años del resplandeciente siglo xvi, el siglo de los grandes santos españoles. Sus padres eran hidalgos y le educaron con esmero. Estudió en Barcelona y atendió lecciones de filosofía en las aulas mallorquinas. Dios reveló por medio de una visión al escritor místico Alfonso Rodríguez la gloria reservada á Pedro Claver, el cual ingresa en la Compañía de Jesús el segundo año del siglo xvii. En 1610 le escoge para las misiones del Nuevo Mundo el P. Acquaviva superior de la Orden, y desembarcan en Cartagena de América el mismo año. Claver ve y toca con sus manos redentoras y compasivas la horrible llaga de la esclavitud, el negro vendido y tratado peor que las bestias, y sus entrañas se estremecen de piedad. Consagra su vida al alivio de tanta miseria, dedicándose á predicar, convertir, enseñar, consolar y socorrer á los esclavos. Bautiza en persona á más de 340.000, y si, pensando piadosamente, admitimos que siquiera la décima parte de los bautizados por el apóstol catalán logró entrar en el cielo, bien puede Claver decir que no se presentó ante Dios con las manos vacías.

En el puerto de Cartagena fondeaban diariamente naves que hacían el tráfico de esclavos, y no bien el apóstol tenía noticia de su llegada, corría á exhortar igualmente á víctimas y verdugos. Enfermero incansable, asistía esas pestes espantosas, esos padecimientos repugnantes de las razas oscuras y de los climas cálidos, y el pueblo oía como á un profeta y respetaba como á un rey al jesuita extenuado por las maceraciones, los cilicios, los ayunos, los azotes y las sobrehumanas fatigas de un apostolado heroico. Así tuvo Cartagena de Indias su San Francisco Javier, y cuando Pedro se rindió á tantos trabajos, los negros escoltaron gimiendo su cadáver, que quedó después de la muerte flexible, fragante, con apariencia de vida. Poco diré del expediente de canonización de este justo, á quien nadie regateará la corona. Despaciioso como todos, en él se lee repetidas veces la frase sacramental *causa siluit*. La beatificación de Claver, anunciada en 1850, no se efectuó hasta 1857. Ahora va á recibir aquí el lauro que Dios le tiene otorgado hace tiempo.

San Juan Berchmans puede clasificarse refiriéndole al tipo ascético de los Luises

Gonzaga y Estanislaos de Kostka. Es uno de esos mustios y lánguidos lirios crecidos á la sombra, que se deshojan antes de tiempo; una de esas infancias graves, silenciosas, que terminan en lírica y virginal adolescencia y en muerte prematura; uno de esos niños que ni lloran ni ríen, que ayunan, que rezan antes de tener uso de razón uno de esos seres que pasan como apariciones, sin tocar al polvo de la tierra. Descendió á ella en 1599, en Diest, ducado de Brabante. Dicen sus biógrafos que era muy lindo mancebo; que en la iglesia parecía un ángel; que su modestia pasaba de raya, y que sus confesores no le vieron incurrir jamás en pecado alguno, ni venial siquiera. Su vocación á la Compañía de Jesús se determinó leyendo la vida de San Luis Gonzaga, modelo de perfección ideal propuesto á la juventud por el espíritu de San Ignacio. A los diez y siete años entró Berchmans en la Orden, y al punto le enviaron á Roma á que estudiase filosofía. Y en el Colegio Romano testifican todos de la admirable pureza con que vivió, hasta extinguirse dulcemente á los veintitrés años de edad, como si se hubiese asomado á las puertas de la vida, y asustado de sus combates se

acogiese al yerto regazo de la muerte. Poco antes de espirar tomó en la mano el Crucifijo, el rosario y las constituciones de la Compañía, exclamando:—Estas tres cosas me son caras: con ellas muero contento.— El último año de su existir, San Juan Berchmans, estudiante aplicado y asiduo, se complacía en escribir máximas, pensamientos y reglas espirituales; de ellas entresaco algunas, y prueban, en mi opinión, que aquella alma seráfica, inmaculada cual el ampo de la nieve, advertía con miedo, en lo más hondo de sí propia, el reprimido hervor de la pasión juvenil.

—«Nada debo evitar con tanto esmero como el ocio, la melancolía y la familiaridad.

—Cuanto causa inquietud, viene del diablo.

—Si no me hago santo mientras soy joven, no lo seré nunca.

—Seré opuesto al mundo en todas las cosas.

—Hacer mucho y hablar poco.

—Que lo dulce te sea amargo y lo amargo dulce.

—Teme que por tu negligencia te quite Dios la ternura del alma y te deje insensible.

—Sé avaro y mercader espiritual.

—Los sábados he de lavar platos en la cocina á honra de la Santísima Virgen.

—La conversación de los tibios debe huirse como mal contagioso; la vista de la mujer como la del basilisco.

—La bestia tiende por instinto á conseguir sus fines, y tú, alma mía, ¡necesitas estímulos tan grandes!»

Bienaventurado Berchmans, ora por nosotros. Estamos en lo más recio de la batalla, y vaya si necesitamos estímulos. Bienaventurado Berchmans, amarillenta rosa claustral, déjanos respirar tu desmayado perfume.

DOS MUERTES.

ROMA 6 DE ENERO DE 1888.

En esta Roma, donde parece que á la vuelta de tantos siglos aún continúan luchando Cristo y Jove; en esta Roma bifronte como el antiguo Jano, en que se pueden visitar con pocos minutos de intervalo los salones testigos de las orgías imperiales y las Catacumbas, rellenas de huesos de confesores de la fe; en esta ciudad de los grandes contrastes históricos, quizás no se presente ninguno tan marcado como el que ayer me ofreció la casualidad, enlazando mi excursión á la Vía Apia con mi visita al cementerio de los Capuchinos.

Lánzase la Vía Apia al través de la campiña romana, cuya planicie severa, comparable á vasto mar de ondas petrificadas por repentino cataclismo geológico, limita á la izquierda rota serie de majestuosos acueductos, aéreo canal que traía al pueblo rey

aguas delgadas, puras y exquisitas. Cuando ni una arcada de estos acueductos había desmoronado el tiempo ó la injuria bárbara; cuando lucían para Roma los días claros de la república y del imperio naciente, á uno y otro lado de la bien embaldosada vía, que circundaba la vega poblada de jardines, villas, nínefos fresquísimos y numerosos, deleitables retiros que desafiaban el ardor canicular, bosquetes sagrados y huertos feraces, alzabase doble hilera de ricos monumentos construídos y adornados con todos los primores de la arquitectura y la escultura que Grecia inspiró al Lacio.

Hecha la armazón de ladrillo fino y selecto, y de ese tufo y ese barro volcánico que poseen la intensidad de colorido de las piedras preciosas, los visten por fuera labrados mármoles, diáfano alabastro, bruñido pórfido, y realzan la fachada bajos relieves, cornisas y grecas que son maravillas de ornamentación. Entre ellas se destacan símbolos y alegorías; ya las ondas de la Estigia laguna, ya la antorcha vuelta con la llama hacia abajo, ya la faz de Medusa cenuda y bella, con su crespada aureola de víboras, ya guirnaldas de flores engalanando el testuz del buey destinado al sacrificio.

Coronan y rematan el monumento estatuas airosamente envueltas en los nobles paños que sólo el clásico cincel supo plegar; y si penetramos en el recinto, el pavimento está cubierto de mosaico, los muros pintados al fresco, dorados, pulimentados con el encáustico más liso; y en las paredes, que reciben el gracioso nombre de palomar (columbarium), se abren, alternando con las hornacinas de las estatuas, otros huecos donde están incrustadas ánforas de gallarda forma, de cerámica finísima. ¿A qué objeto se destinan estos primores de arquitectura? ¿Son casinos, son palacios en miniatura, son voluptuosos retretes donde el ciudadano de Roma se retira á leer con sosiego, en las tardes estivales, las odas del Venusino que cantan la brevedad de la vida y aconsejan coger la rosa antes de que la marchite el cierzo ó la deshoje el ábrego?

Esto deben de ser, porque las familias patricias y senatoriales vienen aquí de paseo, al tiempo que la campiña florece y los días son largos y apacibles, y dentro del monumento primoroso reciben á sus amigos, y pasan las horas conversando, refrescando, en grato solaz... Mas no: ¡los monumentos de la Vía Apia son sepulcros! Aquí

es donde las familias ilustres de Roma conservan las cenizas de sus muertos, y esa vasija delicada, propia para encerrar esencias en el tocador de una matrona, es el lacrimatorio, la urna que guarda el dolor pagano, bella, serena, artística como él. He ahí la muerte antigua, la muerte clásica, la muerte coronada de flores, el regreso al seno de la naturaleza madre.

Pero dejemos la Vía Apia y su despejado horizonte campesino y sus tumbas de mármol, hoy destrozadas, y penetremos en el corazón de la Roma sellada por el catolicismo. Subamos la escalinata de los Capuchinos—*Santa Maria della Concezione*,— iglesia edificada por el fraile cardenal Barberini, hermano del papa Urbano VIII, á principios de aquel siglo xvii, en cuyas postimerías el fervor religioso se contagió con el mal gusto de la época, adquiriendo algo de grotesco y teatral á la vez. Son los capuchinos ramificación de la Orden franciscana; pero el dulce espíritu que embalsama las *Floreccillas*, el calor humano, el alto sentido social y político que ostentaron en Italia los Menores, revistió en los capuchinos un tinte ascético y sombrío, una exaltación ideal que les hizo prendarse de la muerte como

de una esposa amada, y convertir la tumba en puente para comunicarse con el cielo.

La nada fué su gran maestra; el cadáver, su mejor lección de filosofía; la fetidez y la podredumbre, reflejos de la gloria. Morir habemos: éste es el resumen de toda sabiduría, la última palabra de la realidad, la verdad suprema; meditémosla y lleguemos á la única aspiración digna del alma: el desprecio absoluto de las cosas terrenales; la esperanza de otra vida más seria, más hermosa. Uno de los bienaventurados de la Orden seráfica, gran poeta y ardiente demagogo, si así puede decirse, de la fe, Jacopone de Todi, colgaba en su celda un pedazo de carne corrompida para aprender á desdeñar la gula y el deleite. La escuela de la muerte natural, el gusano que se convierte en perla al tocarle manos santas, el Lázaro que ha de resucitar al oír la voz redentora, eso es el cementerio subterráneo de los Capuchinos.

Cuando sobre el despojo mortal cae la tierra y lo cubre, la fantasía puede representarse el horror de la descomposición; pero mejor es verlo, tenerlo delante siempre. La tierra es un velo que oculta el misterio, y el capuchino lo rasga, arranca los

girones y obliga á la muerte á presentarse en toda su lúgubre fealdad, á la nada y á la miseria del hombre á aparecer tal cual son, en su triste y macabro realismo. El cardenal capuchino fundador de la Iglesia hizo escribir sobre su sepulcro: *Hic jacet pulvis, cinis et nihil*: no bastaba escribirlo; convenía verlo y tocarlo, ponerlo de manifiesto, hacerlo entrar por los mismos sentidos instigadores de la culpa, por los ojos sedientos de gozarse en la riqueza del color y la armonía de la forma, por los dedos ávidos de palpar los contornos divinos donde late la hermosura. ¿De qué manera lograrlo? ¿Cómo evocar á la muerte para que se presente desnuda, clara, trágica? ¿Cómo abrir la huesa y prestar á los difuntos voz con que avisen á los vivos?

Los esqueletos de los frailes difuntos no querían enmudecer: animábalos tan extraño espíritu y de vida tan sobrenatural, que al decir la misa San Felipe Neri, contestaban en coro *Deo gratias*. A esos huesos, libro en que debe leer el capuchino observante, les pide que salgan de la fosa para darle ejemplo, y los huesos surgen del seno de la tierra. Algunos salen reducidos á polvo: en otros la armazón está bien conser-

vada, blanca y firme; y ciertos cadáveres, sea porque el terreno tiene propiedad de momificarlos, ó porque ya la vida penitente los había curtido y vuelto cecina, aparecen amojamados y enteros, con la piel desecada, pero conservando todavía la expresión, la barba, los dientes, la humana forma.

Estos cadáveres, vestidos con su polvorienta mortaja, asiendo la negra cruz de madera y el grueso rosario en las descarnadas falanjes, tendidos unos, y otros en pie, colocados en hornacinas excavadas en el muro del subterráneo, son las estatuas que el capuchino contempla: las cuencas vacías de la calavera representan para él las pupilas serenas y sublimes del Apolo de Belvedere; el sayal rígido, endurecido al contacto de la húmeda fosa, los paños esculpados por diestro cincel. Y no contento con mirar la carcomida momia, despiértase en el fraile el instinto artístico, ley á la cual pagan tributo el pastor cuando talla la madera con su tosca navaja, el acosado cristiano cuando traza aprisa el fresco de las Catacumbas; y empleando, en vez de marfil, jaspe ó pórfido, huesos humanos, se entretiene en decorar del modo más curioso y

extraño, con una elegancia mortuoria de que no es posible formarse idea no habiéndola visto, las paredes del subterráneo cementerio.

Grecas de vértebras adornan las cornisas de omoplatos y sacro-iliacos; esbeltas pilas-tras de tibias rematan en capiteles de rótulas; todo el testero de una pared está revestido de inmenso mosaico de cráneos lisos y relucientes, y una franja de húmeros sostiene un reloj de arena hecho con menudos huesecillos de falanjes, mientras del techo cuelgan lámparas caprichosas entretejidas con tibias y peronés. Los arabescos más complicados, los adornos más fantásticos festonean la pared y la bóveda, sin que ninguna porción del esqueleto humano deje de aprovecharse para esta extravagante decoración, y sin quedar descubierto ni un pequeño trozo de pared en las cinco ó seis salas de que consta el cementerio.

Hay que ver este espectáculo á la luz de un farolillo puesto en tierra, cuando las sombras de los momificados frailes se proyectan y se agigantan sobre la bóveda como espectros, y la indecisa claridad les presta una apariencia de vida sobrenatural, macabra, fúnebre, acentuando la risa sardó-

nica de sus bocas sin labios, y la pavorosa energía con que aferran el crucifijo negro. A esa luz rojiza, medrosa, es como hay que leer el soneto colgado en la pared y escrito en un cartelón, que traduzco:

«Esta figura despojada de todo adorno que estás mirando, oh pasajero, fué tanto como tú, cuando vivía. Acaso el alma que la informaba esté expiando sus pecados en el Purgatorio: dile un responso, oye una misa por ella, para que llegue pronto á la orilla deseada. Y mira bien no te pese el que yo haya sido en otro tiempo lo que eres tú ahora; piensa que algún día serás lo que soy: secunda los designios del que te ha creado, y si quieres merecer piedad, tenla de los demás mientras vives.»

Un capuchino típico, anciano, con luen-ga y enmarañada barba, cabeza de fraile del Españolito, me enseñaba el cementerio. Era su sonrisa complaciente é infantil; explicaba los más mínimos detalles, y se deleitaba en suponer cómo saltarían aquellos huesos cuando el día del Juicio final resucitasen vestidos de carne al son de la trompeta. Las pavorosas y feas momias, desfiguradas, horrendas, cuyas almas, para colmo de susto, estaban quizás ardiendo en

el fuego del Purgatorio, eran para el capuchino espectáculo amable: ni alteraba su plácida fisonomía la idea de que él—un viejo—no tardaría en encontrarse así, envuelto en húmeda mortaja, las manos en cruz, las órbitas vacías, la boca llena de polvo...

Recordé los elegantes sepulcros de la Vía Apia ante esta concepción ultra-cristiana de la muerte. Dos sociedades, dos civilizaciones, dos creencias que entienden de modo tan opuesto el misterio del *más allá*, no podían convivir ni un instante. Tenían que luchar sin tregua hasta que una de ellas desapareciese de la faz del orbe.

UNA AUDIENCIA Y UNA GRILLA.

ROMA 7 DE ENERO DE 1888.

Por fin han logrado los asendereadísimos romeros españoles lo que tanto deseaban: ver al Papa de cerca, sentir la caricia de su ebúrnea mano sobre la cabeza y el rostro. Este apetecido momento se obtuvo á costa de muchos empujones y fatigas, y de interminable espera en una Logia de Rafael, tan bien pintada de techo como desamueblada de sillas y bancos, por lo cual fué preciso estarse en pie, sin otro entretenimiento que enseñarse mutuamente la carga de rosarios, medallas y efigies que todos llevaban para la bendición. Asaz malhumorados y en demasía impacientes y gruñones, esperaban mis compatriotas, renegando del marqués de la Vega de Armijo, enviado extraordinario de la Regente, con el cual debía hallarse conversando á la sazón el Pontífice, si no mentían las crónicas. Y como

todo el que nace en tierra de España lleva en el alma un fermento democrático endiablado, sea cualquiera la comunión política en que milite, la cohorte de romeros estaba especialmente volada y nerviosa porque la prolongada antesala la ocasionaba un personaje con títulos, cruces y preeminencias de embajador.

—Así que veamos al Papa—dije á algunos de los que más se quejaban del cansancio,—ni nos acordaremos de la molestia que pasamos ahora. Nos va á suceder lo que al enamorado cuando su novia le da plantón, que le dura la rabieta lo que tarda ella en presentarse.

Y fué como yo lo pensaba. Apenas se agitó la cortina roja indicando que iba á entrar á la presencia de Su Santidad el primer grupo de romeros, una aspiración de júbilo dilató los pulmones, serenáronse los rostros, y los romeros más cercanos á la puerta prorrumpieron en vivas y aclamaciones frenéticas.

Yo entré en el tercer grupo, y me quedé al extremo de la Logia. Monseñor Isbert, auditor de la Rota, llamándome por mi nombre, me hizo colocarme á la cabeza; así es que cuando salió el Papa de detrás

del cortinaje purpúreo, repentinamente, le ví al lado de Ortega Munilla y al mío. Y breves momentos después sentí un halago tierno, cariñoso, conmovedor, una caricia de abuelo y de santo, una mano pura, suavísima, que se apoyaba en mi cabeza, en mi frente, y ví como en un relámpago la expresiva cara de León XIII, que se inclinaba hacia mí articulando palabras de bendición.

—¡San Francisco de Asís!—me decía.— ¡El mayor santo después de Cristo! Has escrito de él... Sigue escribiendo, escribe siempre, hija querida (*cara figlia*). Valor, valor... ¡Sigue escribiendo!

Apenas pude balbucir unas frases de gratitud. La mano del Papa me ceñía las sienes con dulce violencia: le tomé la otra, que llevaba medio vestida con blanco mitón de lana, y se la cubrí de besos. El corazón se me deshacía de ternura. Y para que todo el mundo la comparta, voy á tratar de explicar cómo es León XIII.

Más que un organismo humano, parece su cuerpo un pretexto para que esté un alma en el mundo. Háblase mucho en las leyendas y poemas indios de ciertos sabios ascetas que empiezan por no alimentarse